

UN BALANCE DE LA PRIMERA RECEPCIÓN DE RUBÉN DARÍO EN ESPAÑA

ENRIQUE MIRALLES
Universidad de Barcelona

Unos meses antes de morir todavía seguía jactándose don Juan Valera de «haber escrito sobre Rubén Darío y de haberle elogiado como merece mucho antes de que nadie en España le conociera ni hubiera oído su nombre»¹. Hacía esta declaración en 1904, cuando los ataques contra el modernismo todavía no habían dejado de arreciar dentro de nuestras fronteras, de manera que sus palabras venían a refrendar una vez más la estima depositada por él en su máximo representante, aunque éste no necesitara, a tales alturas de su carrera literaria, del apoyo de quien fue uno de sus más ilustres y tempranos mentores. Por lo que respecta, sin embargo, al mérito que don Juan se concedía, nadie, ni entonces ni ahora, se lo ha negado, por ser verdad reconocida entre todos los estudiosos del poeta nicaragüense. Aún y todo, creo que no está de más poner a punto, al cabo de un siglo, los términos del papel que desempeñaron no sólo el autor de *Pepita Jiménez*, sino también de algunos otros que contribuyeron a dar un pimer renombre, aunque fuera con sus críticas, a un desconocido Rubén Darío en el año de 1892, fecha de su primera estancia en España.

A finales de 1887 Valera había cesado en su puesto diplomático de la embajada de Bruselas y se afincaba, una vez más, en su residencia madrileña, donde iba a permanecer hasta 1893, en que fue nombrado embajador en Viena. De esta inactividad política suya se vieron, a cambio, beneficiadas las letras españolas, dado

¹ «Sobre la juventud intelectual», o.c., II, Madrid, Aguilar, 1942, p. 1151 a.

que el escritor andaluz pudo consagrarse por entero a ellas, más en el campo de la crítica, todo hay que decirlo, que en el de la creación. Fruto de la actividad de su pluma durante este tiempo fueron, entre otros artículos, la serie de *Cartas americanas*, publicada en *El Imparcial* a lo largo de 1888 y luego recogida, en su mayor parte, en un libro, editado al año siguiente². En ellas, don Juan quiso valorar diversas novedades surgidas al otro lado del Atlántico y que por diversos conductos habían llegado a sus manos. Una de éstas, proporcionada por su primo Antonio Alcalá Galiano y Miranda, a la sazón cónsul de España en Valparaíso, fue el librito de Darío, *Azul*, recién salido en las prensas de esa ciudad chilena. La lectura de esta obra le llamó al crítico poderosamente la atención, de tal modo que, aun a pesar de carecer de noticias sobre su autor, salvo unas mínimas que acompañaban a la obra y las que provenían de su corresponsal, se animó a consagrarle una amplia reseña en el periódico madrileño, ocupándole dos *Cartas*, del 22 y 29 de octubre. Tal interés no dejaba de constituir una excepción, dentro de la línea marcada por el conjunto de estos artículos que iba dando a luz, puesto que las demás obras seleccionadas concernían o a escritores consagrados en su ámbito nacional, como en el caso del poeta argentino Olegario Andrade; o bien a un panorama poético colectivo, como el reunido en la antología el *Parnaso colombiano*, o, ya en el peor de los casos, para salvar un expediente, como ocurre con el libro de Rafael Obligado. La obrita de Rubén Darío entraña, pues, en este contexto, algo singular dentro de las pautas epistolares del crítico, fenómeno que pasó inadvertido a sus lectores, a la vista del escaso eco logrado por el reclamo periodístico, pues no consiguió éste atraer la atención, ni comercial ni crítica, hacia el poeta encomiado.

Las *Cartas americanas*, una vez en tomo, gozaron de una puntual reseña de Clarín, primero en *La Publicidad*, en un artículo del 30 de mayo de 1889³, donde el ilustre crítico rehúye entrar en pormenores sobre las obras comentadas por su colega, dado que las desconoce, de modo que, al referirse a la de Rubén Darío,

² Las *Cartas* de *El Imparcial* aparecieron sueltas durante los meses de febrero (27), marzo (12, 19 y 26), abril (2, 9, 16 y 23), mayo (7, 14, 21 y 28), junio (4), agosto (13, 20 y 27), septiembre (3 y 17), octubre (8, 15, 22 y 29), noviembre (19) y diciembre (3 y 17). La edición, en un tomo, fue impresa en Madrid, por Fuentes y Capdeville, en 1889.

³ «Revista mínima», *La Publicidad*, año XII, 30 de mayo de 1889.

se conforma con citarla y añadir que su «autor es de Nicaragua». En esta reseña de urgencia Leopoldo Alas pone en duda la objetividad de los juicios de Valera y se vale, para no herir la amistad, de una amistad común, que, aunque no la rubrique, ahí la deja expuesta: «Dicen por ahí que es un escándalo (*sic* [en el artículo]) que Valera, con su autoridad y su excesiva benevolencia, quiere meternos por los ojos tanto poetazo como asegura que hay por allá», cuando en España, se arguye, los hay iguales, si no mejores; a continuación, añade Alas que en Valera se dan cita dos críticos: «uno crítico perspicaz, delicado, naturalmente difícil de contentar, enemigo de las bobadas líricas, y otro Valera bonachón, sin el sentido del gusto». Lógicamente, después de trazar este doble perfil, para Clarín las *Cartas americanas* responden al talante peor de su autor, en cuanto indica que «del conjunto [de títulos comentados] no cabe decir tanto bien, por más que reluzca tanto oro».

Dos días después, el 1 de junio de 1889, vuelve el crítico ovetense a despacharse contra el libro de don Juan en un «Palique» del *Madrid Cómico*, escrito con la habitual ironía de que hacía gala cuando no caía en los extremos de la mordacidad o de la alabanza. Insiste en él sobre la excesiva condescendencia de Valera hacia la poesía hispanoamericana, así prefiere llamarla y no latinoamericana, que a él le parecía de muy pobre calidad, de modo que «D. Juan hace mal en dar alas a esos cóndores de por allá». Pero sigue sin entrar en pormenores.

Es en un siguiente «Palique», del 5 de abril de 1890, también en el *Madrid cómico*, cuando ya alude por vez primera, aunque muy tangencialmente, a Rubén Darío, ahora para encarnizarse con él. El motivo del artículo del autor de *La Regenta*, a un año vista del anterior, obedecía a una réplica, en términos muy duros, contra el poeta Francisco Gavidia, quien había salido en defensa de Valera, y sobre todo de las letras americanas, tan maltratadas por la pluma de Alas. Este, en su «palique», se refiere a Rubén como a un tal «don Zabulón» o «don Simeón», y la razón de su despecho no es otra sino que el autor de *Azul* se había solidarizado con su gran amigo Gavidia, calificando de *soberbio* a su artículo y recomendándolo a sus lectores de *El Diario*.

No terminan aquí las alusiones al poeta nicaragüense por parte de Leopoldo Alas, pues saca una vez más a relucir su nombre en otro artículo de *La Publicidad*, en octubre de ese mismo año.

Como se ve, nuestro genial crítico, sin haber leído *Azul* supuso, y supuso mal, que los elogios de Valera hacia Rubén procedían de su ánimo benevolente, dictados por una cortesía, sin advertir que cuando la había, y esto era cierto en más de un caso, el novelista andaluz la sazónaba con exquisita ironía, cosa de la que carece su famoso artículo sobre el padre del modernismo ⁴.

Una opinión muy distinta a la de Clarín sobre las *Cartas americanas*, fue la del helenista y filólogo catalán Antonio Rubió y Lluch, más indulgente con Valera, no porque no reconociera la excesiva tolerancia de éste en algunas de sus críticas, sino por su inclinación favorable hacia la poesía hispanoamericana. Imitándole en la fórmula epistolar, dio a luz en *El Correo de las Aldeas* de Bogotá, durante los días 10, 16 y 23 de enero de 1890 ⁵, una amplia reseña fechada en el mes de octubre del año anterior, en la que valora alguna de las obras comentadas por el creador de *Pepita Jiménez*. Interesado de manera especial por el *Parnaso colombiano* de Añez y a falta de una lectura del libro de Rubén, el catedrático de la Universidad de Barcelona reconoce que no puede contrastar la opinión de don Juan, por lo cual se limita a repetir algunas de sus observaciones, filtradas por lo que le dicta su intuición, como el catalogar a Rubén de poeta de «muy extrañas tendencias», de «rara originalidad», de «sensual y enfermizo» y que «describe sus impresiones con distinción y coquetería parisienses». Concluye manifestando algunas reservas sobre los elogios que Valera prodiga a Rubén, ya que «parece mostrar por él la dúctil benevolencia que distingue a su crítica» ⁶.

⁴ Supo bien reparar éste, por la cuenta que le tenía, en la sinceridad, exenta de amable burla, del juicio de Valera, al recordarlo en la *Historia de mis libros*: «Valera vio mucho, expresó su sorpresa y su entusiasmo sonriente —¿por qué hay muchos que quieren ver siempre alfileres en aquellas manos ducales?—...» (*El viaje a Nicaragua e Historia de mis libros*, en *Obras completas*, vol. XVII, Madrid, Mundo Latino, p. 172).

⁵ Recogido luego en sus *Estudios Hispano-Americanos*, Bilbao, 1923. Ed. Elexpuru Hermanos, pp. 59-86.

⁶ *Ibid.*, pp. 8485. Rubén Darío quedó, no obstante, complacido de la referencia, pues, en agradecimiento, envió a Rubió el 10 de marzo de 1890 su libro. *A. de Gilbert* (San Salvador, 1889), con una dedicatoria personal. El profesor catalán le agradeció el gesto en una larga carta del 14 de julio, dada a conocer (en una transcripción parcial) por su hijo Jordi Rubió i Balaguer en un artículo reciente, «Rubén Darío y Rubió i Lluch a Barcelona», *Quaderni Ibero-Americani*, Torino, VI (1973-74), pp. 154-157. La dedicatoria del uno y la cariñosa contestación del otro acaban por despejar algunas reticencias que, al parecer, existían entre ambos y que ignoro cómo habían surgido. Es lo que se deduce de los siguientes párrafos:

A la vista de estas dos opiniones, cabe deducir que la presentación del libro poético de Rubén Darío por parte del escritor andaluz no tuvo ningún eco, en virtud de la desconfianza que mereció a los lectores más exigentes de las *Cartas americanas* el bondadoso talante de su autor hacia las letras de por allá, así que el nombre del poeta novel quedó pronto sumido en el olvido... Hasta el año de 1892, en que éste hizo su primera visita a España con motivo de los actos conmemorativos del cuarto centenario del Descubrimiento, acompañando a la legación de su país, ocasión que supo aprovechar debidamente para darle a conocer en los principales círculos literarios.

Por segunda vez, quien hubo de abrirle las puertas a estos medios fue Valera y así lo reconoció el propio Rubén al recordar en su *Autobiografía* las anécdotas que salpicaron su estancia. Habían embarcado los miembros de la comitiva en el puerto de La Habana el 30 de julio y luego de un tranquilo viaje, arribaron a Santander, desde donde se dirigieron posteriormente a Madrid. La llegada debió de tener lugar a primeros de septiembre, a tenor de lo que Valera, que se sentía impaciente por recibir a su patrocinado, le comunica a Menéndez Pelayo en una misiva fechada el 29 de agosto: «Rubén Darío, tal vez el mejor y más original autor que hay ahora en América, está en España. Supongo que andará viendo ciudades y aun no habrá venido a Madrid, pues o hubiera acudido a verme a mi casa o yo, que le he buscado por las fondas, hubiera ya dado con él»⁷.

La espera le resultaba enojosa, pero fue breve, ya que ambos escritores celebraron a los pocos días su primer encuentro, según

«Mi distinguido amigo: Me atrevo de buenas a primeras a llamarle con este nombre porque creo que hemos de serlo a pesar de nuestras diferencias de opiniones y de modo de ser (...) Una mañana... rompía yo con extraña emoción las fajas de un libro en uno de cuyos espacios se leía el nombre de *Rubén Darío*. Este nombre recordóme un artículo poco indulgente y se presentó a mi vista como un [sic] reconvención». Pero unas notas marginales al texto, de la mano de su autor, le sacan de dudas: «Eran comunicaciones y reconvenciones, tácticas disculpas y confidencias y confesiones ¿indirectas? de sentimientos religiosos y creencias ideales de uno a quien juzgué tan sólo un escéptico crudo y empedernido... Confieso con sinceridad que semejante modo de revelarme su espíritu y su pensamiento y su delicada réplica, me ganaron y cautivaron por completo. Por lo que de V. dice Valera (que no peca de escrupuloso y de pacato) temía yo que fuera V... ¿un sectario? [los interrogantes son del transcriptor] (...) Pero con sinceridad le digo que no sentiría por V. igual simpatía si fuera V. un sectario... me es tan aborrecible como el fanático...»

⁷ Marcelino Menéndez Pelayo, *Epistolario*, XII, Madrid, F.U.E., 1986, p. 48.

se deduce de otra carta siguiente, enviada el 18 de septiembre, al mismo corresponsal. Cabe resaltar, además, en bien de don Juan, el hecho de que inste en ella al sabio polígrafo a que lea los escritos de Rubén, «de cuyo poderoso y originalísimo ingenio me convenzo más cada día. Veo en él lo primero que América da a nuestras letras, donde, además de lo que nosotros dimos, hay no poco de ella (...) en Rubén Darío hay, sobre el mestizo (de español y de indio) el extracto, la refinada tintura del *parnasiano*, del *decadente* y de todo lo novísimo de extranjis, de donde resulta, a mi ver, mucho de insólito, de nuevo, de inaudito y de raro, que agrada y no choca porque está hecho con acierto y buen gusto. Ni tampoco afectación, ni esfuerzo, ni prurito de remedar, porque todo en Darío es natural y espontáneo, aunque primoroso y como cincelado. Es un muchacho de veinticinco años, de suerte que yo espero de él mucho más. Y me lisonjeo de que Vd. ha de pensar como yo cuando lea con atención o bien oiga lo que escribe este poeta en prosa y en verso»⁸.

Este juicio no hace sino redundar en lo que había manifestado públicamente sobre *Azul* y que ahora merecerá la pena recordar, aunque sea brevemente.

Contra los que tachaban a Valera de indulgente, muestra éste en su artículo, con acertadas palabras de un estudioso de hoy «la mayor —y la mejor— muestra de agudeza crítica, sensibilidad poética y seguridad en el juicio, así como en el vaticinio», al «adivinar, proclamar y profetizar un rotundo y seguro éxito al originalísimo poeta»⁹. Y es que supo intuir ya algunos elementos que luego serían claves en el quehacer poético de Rubén Darío, como él mismo nos confiesa en la *Historia de mis libros*: así, «un gran amor por las literaturas clásicas y conocimiento *de todo lo moderno europeo*»¹⁰, junto al «galicismo mental» de que tanto se ufanaba¹¹. Valera fue aquí rotundo; «Ninguno de los hombres de

⁸ En M. Menéndez Pelayo, *Epistolario*, XII, ed. cit., pp. 62-63.

⁹ Manuel Bermejo Marcos, *Don Juan Valera, crítico literario*, Madrid, Gredos, 1968, p. 209.

¹⁰ *El viaje a Nicaragua e historia de mis libros*, en *o.c.*, XVII, Madrid, Mundo Latino, 1919, p. 174.

¹¹ «Yo, por mi parte, me huelgo del "galicismo mental" que encontró don Juan Valera en uno de mis pobres libros», en el prólogo (inédito) a *Asonantes de Tondreau* (cf. Raúl Silva Castro, ed., *Obras desconocidas de Rubén Darío escritas en Chile y no recopiladas en ninguno de sus libros*, Santiago de Chile, 1934, p. 291).

letras de esta Península, que he conocido yo (...) me ha parecido nunca tan compenetrado del espíritu de Francia como usted me parece», sentir que, en el caso de Rubén, valora positivamente (contradiciéndose don Juan con su acendrado antigalicismo), porque, al entender que las literaturas de los países latinoamericanos no poseían un carácter nacional propio, resultaba mejor que cada escritor tallara su personalidad en canteras ajenas. U otros aspectos, reparados por los críticos de ahora, como el componente sexual, con raíces religiosas ¹²; o bien, la invitación que el crítico lanza al poeta para que amplíe su cosmopolitismo: «yo aplaudiría muchísimo más, si con esa ilustración francesa que en usted hay se combinase la inglesa, la alemana, la italiana, y ¿por qué no la española también?» ¹³, aunque después, en su comentario de *Los raros* le prevenga ante el peligro de incurrir en un exceso de gaulomanía ¹⁴. Incluso, dentro de los reproches, cabe destacar la justa significación que concede al término *azul*, en consonancia con la intención del poeta, tal como se demuestra por la nota que pone éste a la segunda edición de su libro, en 1890, donde prefiere valerse de la definición dada por Valera ¹⁵.

Al llegar a Madrid, Rubén Darío se hospedó en el Hotel de las Cuatro Naciones, donde se alojaba también Menéndez Pelayo, que por esas fechas se encontraba aún en su casa de Santander. Cuando redacte sus *Memorias*, al cabo de los años, todavía recordará su visita furtiva al cuarto de don Marcelino y su sorpresa ante el desorden y descuido que reinaba en la habitación de éste. Ya una vez de regreso el polígrafo a la villa y corte a finales de septiembre, nuestro poeta tiene ocasiones de verse con él, «por

¹² Ricardo Gullón, *Direcciones del Modernismo*, Madrid, Alianza Ed., 1990, p. 89.

¹³ En las *Cartas a El Correo de España* de Buenos Aires (IV, 20 de diciembre de 1896), en *O.C.*, I, ed. cit., p. 1741 b.

¹⁴ *O.C.*, I, cit., pp. 1920-1922. A. M. Pelayo, en carta de 18 de septiembre de 1892, le habla de «todo lo novísimo de extranjis» y de lo «mucho de insólito, de nuevo, de inaudito, de raro, que agrada y no choca porque está hecho con acierto y buen gusto», que hay en la poesía de Rubén Darío (en M. Menéndez Pelayo, *Epistolario*, XII, cit., p. 63). Algunos, sin embargo, han cargado a Valera de una responsabilidad que no le corresponde al entender que éste frenó con un «conservador asombro» la conciencia cosmopolita de la nueva corriente (cf., por ej., Esperanza Figueroa-Amaral, «El cisne modernista», en Homero Castillo (ed.), *Estudios críticos sobre el Modernismo*, Madrid, Gredos, 1974, pp. 299-315).

¹⁵ Cf. Raúl Silva Castro, «El ciclo de *lo azul* en Rubén Darío», en Homero Castillo (ed.), *Estudios críticos sobre el Modernismo*, Madrid, Gredos, pp. 146-147, e Ivan A. Schulman, «Génesis del azul modernista», *ibid.*, pp. 168-189.

lo menos algunos minutos todas las mañanas. Y allí —añade— se inició nuestra larga y cordial amistad»¹⁶. En algunas de estas visitas coincide con Valera y Antonio Rubió y Lluch. Menéndez Pelayo acababa de ultimar su *Antología de poetas hispanoamericanos* (el prólogo está fechado el 2 de septiembre de 1882), obra de encargo hecha a expensas del Centenario, y como no había leído nada de Rubén y además había excluido de su estudio a los escritores vivos, sólo pudo añadir a última hora el siguiente comentario: «Una nueva generación poética se ha levantado en la América Central, y uno, por lo menos, de sus poetas ha demostrado serlo de verdad». Es evidente que se refería veladamente al joven visitante, pues en la reedición de la *Antología*, que con el título de *Historia de la Poesía Hispano-americana* (1911) forma los vols. II y III de la edición de las *Obras completas*, añadió esta aclaración: «Claro es que se alude al nicaragüense Rubén Darío, cuya estrella poética comenzaba a levantarse en el horizonte cuando se hizo la primera edición de esta obra en 1892»¹⁷.

Desde entonces surgiría entre ambos una amistad que se iba a prolongar durante varios años, con intercambio de cartas, de favores y una mutua admiración, más encendida por parte del poeta¹⁸. Por ejemplo, a poco de su vuelta a América, Rubén Darío alienta a José D. Gámez para que le envíe a don Marcelino una *Historia de Nicaragua* suya, un aval que prueba la confianza del uno hacia el otro¹⁹. Por su parte, a Menéndez Pelayo le irán llegando por diversos conductos noticias de su amigo y de sus progresos poéticos. Entre otros, a través de Rubió y Lluch, quien le informa, por ejemplo, en una misiva: «Acabo de recibir carta de

¹⁶ En Vicente Marrero, *Historia de una amistad*, Madrid, Magisterio Español, 1971, p. 200.

¹⁷ *Historia de la poesía hispano-americana*, I, Madrid, 1911, pp. 211-2.

¹⁸ En una carta a Rubió y Lluch, del 30 de septiembre de 1893, Darío le hace la siguiente mención: «Si V. ve a nuestro ilustre amigo, dígame que su recuerdo personal está en mi memoria imborrable. Es Menéndez tan grande como bondadoso» (J. Rubió i Balaguer, art. cit., p. 156). Cf., además, los elogios en la *Autobiografía* (o.c., XV, Madrid, Mundo Latino, 1918, pp. 88, 169, 175, 345); en *El viaje a Nicaragua e Historia de mis libros* (Madrid, Mundo Latino, 1919, p. 195) y en la *España Contemporánea* (ed. Antonio Vilanova, Barcelona, Lumen, 1987, pp. 242-254).

¹⁹ El recomendado sigue su consejo y, junto al envío, le acompaña una carta, donde alega la siguiente razón: «se lo envío, tanto para obsequiar los deseos del señor Darío, como por encontrar una oportunidad para significarle mi entusiasta admiración por Vd.» (en M. Menéndez Pelayo, *Epistolario*, XII, cit., pp. 141-2).

Rubén Darío, que reside en la Argentina, el cual te pone en los cuernos de la luna»²⁰. Durante ese mismo tiempo, antes de su segunda venida a España, Rubén escribirá también algunos artículos sobre la *Antología*, en *La nación* de Buenos Aires, que irá puntualmente enviando a su autor, recomendándole además que no se olvide de pasárselos a Valera²¹. Las muestras de fervor y admiración por parte del nicaragüense culminarán, como ya se sabe, con la reseña que habría de dedicar en *la Nación* el 27 de diciembre de 1899 a la miscelánea *Homenaje a Menéndez Pelayo*, elaborada por colegas y discípulos en conmemoración de sus veinte años de profesorado, reseña pródiga en elogios, que después incorporaría a la *España Contemporánea. Crónicas y retratos literarios* (París, Garnier 1901).

Durante su estancia en ese año de 1892, Rubén Darío tuvo la oportunidad de conocer, gracias a las tertulias que el autor de *Pepita Jiménez* organizaba todos los jueves en su casa, al Conde de las Navas, al «extravagante y barbarote»²², Narciso Campillo, al «medio poeta Manuel del Palacio, a Salvador Rueda, al crítico Luis Vidart y al duque de almenara, y fuera ya del círculo valeriano, a doña Emilia Pardo Bazán, a Campoamor y a Núñez de Arce»²³. A través de este trato directo el poeta pudo así revelar su talento, aunque no todavía con la suficiente firmeza como para que sus interlocutores llegaran a vislumbrar su prometedor futuro literario. Lo único que, de momento, él iba a conseguir, en bien de su nombre, fue la publicación de un poema, *Friso*, en *la Ilustración Española y Americana* de Madrid²⁴, los versos *A la seguidilla*, en el *Liberal*, dirigido por Miguel Moya, y otras breves colaboraciones en el *Madrid Cómico*, en la revista *Blanco y Negro*, y en el diario *El Heraldo* de Madrid²⁵. Otros intentos suyos se vieron frustrados,

²⁰ Carta del 21 de noviembre de 1893, *ibid.*, p. 350. La carta a que se refiere es la enviada por Darío desde Buenos Aires el 30 de setiembre (cf. *supra*, n. 19).

²¹ Carta del 15-IV-96, en M. Menéndez Pelayo, *Epistolario*, XIII, cit., p. 505.

²² Así lo califica don Juan Valera; cf. Cyrus C. De Coster (ed.), *Correspondencia de don Juan Valera (1859-1905)*, Madrid, Castalia, 1956, p. 128.

²³ Sobre la fugaz relación con estos tres últimos, véase Antonio Oliver Belmás, *Ese otro Rubén Darío*, Barcelona, Aedos, 1960, pp. 146-7.

²⁴ En el número XLIII, correspondiente al 22 de noviembre de 1892. El poeta lo incorporaría luego a sus *Prosas profanas*.

²⁵ Tomo estas referencias de L. Sánchez Granjel, «Rubén Darío, 'fin de siglo'», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 212-213 (1967), pp. 265-278. Ya Valera, en el citado comentario a *Los raros*, tenía bien presentes «las *Seguidillas*, los *Centauros* y el *Pórtico* al libro *En tropel* de Salvador Rueda», a las que dedica el siguiente elogio:

como lo prueba el hecho de que su gran admirador, Salvador Rueda mediará sin éxito en las redacciones de algunos periódicos de Madrid para que le publicaran otros poemas suyos ²⁶. El poeta malagueño se resarcíó, no obstante, del desaire, al dar acogida, antes de que saliera a luz su último libro de poemas *En tropel* ²⁷, a un poema de Darío, *Pórtico*, puesto en el lugar que su nombre denota, a más de unas palabras congratulatorias que daban la bienvenida al ilustre visitante: «como sabe el público español, se halla entre nosotros, y ojalá se quede para siempre, el poeta que, según frase de mi ilustre amigo Zorrilla San Martín, autor de *Tabaré*, más sobresale en la América Latina; el que del lado allá del mar ha hecho revolución en la poesía; el divino visionario, maestro en la rima, músico triunfal del idioma, enamorado de las abstracciones y de los símbolos, y quintaesenciado artista, que se llama Rubén Darío...» No termina ahí su entusiasmo por el vate americano, pues le dedica además «al elegantísimo poeta Rubén Darío» uno de los poemas de su libro, el titulado *El tablado "flamenco"*.

La admiración de Rueda por Rubén es bien conocida, y estaba fundada en la afinidad de sus criterios poéticos en esos años iniciales del modernismo ²⁸. Rueda representaba en nuestro país la

«son composiciones que indudablemente la musa española prohija con gusto, dándoles carta o patente de nacionalidad y mirándolas como a mestizas muy agraciadas, ya que tal vez por el cruzamiento de las razas suelen engendrarse y concebirse hermosas criaturas, con algo en ellas de peregrino que les presta singular realce». (o.c., I, ed. cit., p. 1992 a). La primera colaboración, sin embargo, de Rubén Darío en la prensa española es anterior a éstas; data de julio de 1890, en *La España Moderna*, con el poema «Invernal» de *Azul*, según consigna Donald F. Folgequist en su excelente estudio, *Españoles de América y americanos de España*, Madrid, gredos, 1968, pp. 99-100.

²⁶ Cf. la carta de Rueda a Julio Casares («Mi estética», *Letras*, núm. 11, Santo Domingo, 22 de abril de 1917), en Emilio Rodríguez Demorizi, *Papeles de Rubén Darío*, Santo Domingo, 1960, p. 266. En cuanto a las vicisitudes que rodearon las relaciones entre ambos poetas, véanse Rafael Ferreres, «Diferencias y coincidencias entre Salvador Rueda y Rubén Darío», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 169 (1964), pp. 39-44; Donald F. Folgequist, *ob. cit.*, pp. 89-112, y Anna W. Ashhurst, «Rubén Darío y Salvador Rueda», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 298 (1975), pp. 177-189.

²⁷ El libro ya estaba listo en julio de 1892, que es cuando firma Rueda su dedicatoria a D. Serafín y D. Lázaro Ballesteros.

²⁸ Antes incluso de que se conocieran, si aceptamos algunos puntos en común que ofrecen entre sí *Azul* y *Sinfonía del año* (también de 1888), tal como sostiene A. Oliver Belmás: «En *Azul* hay la temática de las cuatro estaciones, que está implícita también en el libro de Rueda (...) Otra coincidencia de los dos poetas es el sentido musical (...) Otras coincidencias son la alternancia de lo pagano y lo cristiano; el tema del cisne; el tema de lo hispánico» (*ob. cit.*, p. 175).

voz renovadora de la poesía, dispuesta a barrer la «rutinaria retórica nacional» plagada de «endecasílabos de tono quintanesco», aspiración que deja bien sentada en un apéndice teórico que incorporó a *El tropel*, titulado «Color y música», los dos elementos medulares, según él, del nuevo horizonte poético: «El color y la música en poesía no son elementos externos; al contrario, nacen de lo más hondo y misterioso de las cosas y son su vida íntima y su *alma*»²⁹.

Donde iba a cobrar, sin embargo, esta formulación un cuerpo teórico más amplio es en su libro *El ritmo* (1893), surgido curiosamente a raíz de una invitación del crítico catalán José Yxart, quien, en una carta pública que le dirigió en *La Ilustración Ibérica* de Barcelona el 15 de julio de 1893³⁰, le decía lo siguiente: «El pórtico de Rubén Darío [a *En tropel*] me ha recordado que ese insigne poeta, digno compañero de V., escribió últimamente *algo, no sé donde, si no estoy trascordado* (mis indicaciones, como V. ve, son poco precisas) sobre métrica y rítmica. Cuanto piense y diga un versificador como Darío acerca de estas cuestiones técnicas, me interesa en sumo grado, por dos razones: primero, porque siendo uno de los versificadores innovadores, y, en apariencia, por lo menos, influido por los nuevos poetas y preceptistas franceses que han tratado aquellas cuestiones técnicas, me conviene e interesa mucho saber qué es lo que acepta de ellos, y qué es lo que considera aplicable a la versificación castellana». La segunda razón que le expone es que, en España, salvo Benot, nadie se había interesado por el tema, y concluye con este deseo: «Yo pienso hacerlo. Cuantos materiales pueda reunir, me serán de alguna utilidad. Por tanto, *pido y suplico* que si V. conoce ese artículo, tratado, o lo que sea, de Rubén Darío me lo mande...»

La revista catalana recoge en su mismo número la contestación del poeta malagueño, quien osa hacerse portavoz de lo que le hubiera respondido Rubén Darío (¡hasta tal punto creía sentirse identificado con él!), exponiéndole a continuación unas amplias reflexiones, que se prolongarán a lo largo de varios números, todas ellas conjuntadas hacia una revalorización de las formas poéticas, «ya hechas música, ya color, ya plasticidad», verdadero prontuario, para él, del genio artístico. El lote de artículos fue posteriormente

²⁹ *En tropel*, Madrid, 1892, pp. 181-2.

³⁰ Año XI. Núm. 550.

reunido en libro, *El ritmo*³¹, que sirvió, por añadidura, para dar mayor publicidad al nombre de Rubén y de proclama al movimiento modernista, con la convocatoria de «parnasianos, decadentes y demás *tallistas* de la frase» para que «vengan en buen hora, con su afiligranada orfebrería, con su espiritualidad de frase, con sus copas y vasos esmaltados de la más brillante pedrería».

Hasta aquí creo que alcanzó la resonancia de la voz creadora del poeta nicaragüense a la altura de su primera visita a España. Sus ecos, que no iban a cobrar su definitivo empuje hasta la aparición de *Prosas profanas*, todavía resonaban al año siguiente en que continúan repitiéndose los testimonios anteriormente citados:

³¹ Componen un conjunto de 9 cartas, que fueron luego incorporadas a su libro *El ritmo* (Madrid, 1894, pp. 1-68), a las que se sumaron varias reflexiones críticas sobre novedades literarias, principalmente poéticas. En una de éstas, el «Prólogo» a *Dijes y Bronces* de Máximo Soto Hall, presenta Rueda a su autor como un «cosmopolita en gustos artísticos y persona acerca de la cual, en noche en que con sobra de seriedad, y también quizás con algo de sobra de *champagne*, trataban Soto Hall y mi ilustre amigo Rubén Darío de asuntos teosóficos, inspirándose éste en la fisonomía dantesca y original del primero, improvisó en un raptó de entusiasmo el siguiente soneto:

«Te he visto el algún cuadro florentino;
has sido tú escritor, pintor, poeta,
espíritu que canta o que interpreta,
bohemio humano, pensador divino.

Nos hemos encontrado en el camino,
y hoy te pinta mi pluma harto indiscreta
sin poner más color en mi paleta
que el que a la gloria tuya ha dado el sino.

Empieza en tu florida primavera
tu bella musa con sus alas de oro
a alfombrar de laureles tu carrera.

Y entre el aplauso de entusiasta coro,
bravo batallador en tu trinchera,
triunfante suenas tu clarín sonoro.»

Este soneto, fechado en Guatemala en 1890, fue incluido en el libro *Del chorro de la fuente*. Poesías dispersas desde el viaje a Chile (1886-1916). Cantos chilenos. (En *Poesías completas*, Madrid, Aguilar, 1954, p. 1094). Si lo cito es por las variantes que ofrece frente al texto impreso:

v. 7: «sin poner más color en su paleta»
vv. 9-14: «La gloria tuya, con sus alas de oro,
empieza en tu florida primavera
a ofrecerte de aplausos bello coro;
y tú, batallador en tu trinchera,
triunfante menas tu clarín sonoro
con mengua de la envidia torpe, artera».

así, en la reseña que Rubió Y Lluch dedica a la *Antología de poetas hispanoamericanas* de Menéndez Pelayo ³², antes de que ésta saliera a la luz pública, el filólogo catalán enumera entre los poetas vivos, que el sabio santanderino hubo de excluir en su obra, además de su gran amigo José Eusebio Caro, y de Rafael Pombo o Arciniegas, «al parnasiano y decadente Rubén Darío, de rica inspiración y espléndido ropaje poético» ³³; en otro trabajo suyo, escrito por la misma fecha y con igual pronóstico, ahora haciendo balance de la poesía centroamericana, vuelve a aludir al autor de *Azul* como «la personalidad poética, hoy por hoy, más original y más alta de Centro-América, y una de las más brillantes del moderno Parnaso hispanoamericano» ³⁴.

Quien seguía, por el contrario, en sus trece era Clarín, pues arremete una vez más, aunque sea indirectamente, contra Rubén en un artículo de *La Publicidad*, aparecido el 26 de octubre de 1893, atacando su galicismo ³⁵; y poco después, en otros dos «Paliques» sucesivos del *Madrid Cómico*, a finales de ese mismo año de 1893, donde vierte tremendas descalificaciones contra el poeta, que rozan con el insulto personal ³⁶. Este juicio, tan adverso como

³² «Cartas a D. Enrique Alvarez Bonilla», *El Telegrama de Bogotá*, 19 de julio de 1893, recogida en *Estudios Hispanoamericanos*, ed. cit., pp. 247-260.

³³ *Ibid.*, p. 252.

³⁴ «El Parnaso mexicano y Centro Americano», *La Unión Católica* de Costa Rica, 19 y 22 de julio de 1893, en *Estudios Hispanoamericanos*, ed. cit., p. 271.

³⁵ «El señor Darío es muy decididor, no cabe negarlo: pero es mucho más cursi que decididor y para corromper el gusto y el idioma y el verso castellano ni pintado. No tiene en la cabeza más que una indigestión cerebral de lecturas francesas y el prurito de imitar en español ciertos desvarios de los poetas franceses de tercer orden que quieren hacerse inmortales persignándose con los pies y gracias a otras dislocaciones» (en Sergio Beser, *Leopoldo Alas, crítico literario*, Madrid, Gredos, 1968, p. 205).

³⁶ «Vivos y muertos. Salvador Rueda. Fragmentos de una semblanza», *Madrid Cómico*, núms. 566 (23 de diciembre de 1893) y núm. 567 (30 de diciembre de 1893). Reimpr. en Clarín, *Obra olvidada*, ed. A. Ramos-Gascón, Madrid, Júcar, 1973, pp. 101-111. Componen ambos trabajos una reseña del libro de Rueda, *El ritmo* (que ya debía de estar en prensa, pues nótese que la fecha de su publicación es de 1894, y al que debió de tener acceso Clarín por la amistad que le unía a Rueda [o más bien al revés: el poeta era un gran admirador del crítico y, siempre que puede, lo cita como autoridad para refrendar sus opiniones]. Alas le advierte en su escrito del peligro que corre si se deja llevar por la *nueva tendencia* (léase el modernismo, aunque no lo cite), o *revolución estética* de «esos muchachos (...) que están alborotando en las letras» (p. 103) [En otro «Palique» de *Madrid Cómico*, 18-XI-1899, volverá a la carga: «Mi amigo Rueda (Dn. Salvador) es, a veces, de los que prefieren el Arivito al Ariosto. Esto es: se busca lo que sería nuevo, original ... si no fuera falso. Y se deja lo que no es nuevo ... pero es bueno y verdadero»].

desafortunado, de nuestro mejor crítico de la época se mantuvo prácticamente invariable hasta el final de su vida, cegándose a una evidencia que toda la clase literaria hubo por fuerza de reconocer a finales del siglo, al tiempo de la segunda estancia del nicaragüense en España ³⁷.

Pasado el tiempo, al filo de la nueva centuria, una vez la fama de Rubén ya hubo trascendido las fronteras, don Juan Valera, anciano y achacoso, se quejaría con amargura del despego que, al parecer, le mostraba quien antaño fuera su protegido: «El mismo Rubén Darío que en 1892 me visitaba mucho y el mismo Ladevese, que fue quien me propuso que escribiese yo para *La Nación*, como todavía escribo, ambos se diría que se han olvidado de mí y no aparecen por esta casa» ³⁸. Si el reproche en cuanto al trato bien pudo estar fundado, no lo era tanto en punto a un reconocimiento, del que siempre se mostró deudor el gran poeta modernista, al recordar con estima, cada vez que venía al caso, el magisterio de su antiguo mentor, al igual que el de los demás compañeros de su generación.

Casi a renglón seguido saca a relucir el nombre de Rubén Darío, a su sesión *antiquintanista* [la de Rueda] sólo es comparable, por lo desafortunada, a su obsesión en favor de ciertos poetas americanos, como Rubén Darío, que no son más que sinsontes vestidos con plumaje pseudo-parisién» (p. 103). Y añade, poco más adelante: «Pues bien, el tal Rubén Darío no es más que un versificador sin jugo propio, como hay ciento, que tiene el *tic* de la imitación, y además escribe, por falta de estudio o sobra la presunción, sin respecto de la gramática ni de la lógica, y nunca dice nada entre dos platos. Eso es Rubén Darío en castellano viejo» (p. 104). Acaba, finalmente, burlándose de la admiración que el poeta de Benaque profesaba hacia el nicaragüense, a base de desestimar, verso por verso, la factura de un soneto de este último, que Rueda había transcrito en su libro.

³⁷ Cf. Fernando Ibarra, «Clarín y Rubén Darío: historia de una incompreensión», *Hispanic Review*, 41 (1973), pp. 524-540, donde se rastrea al detalle la actitud hostil de Clarín hacia Darío después del primer viaje de éste a España.

³⁸ Carta del 19-XI-1900, en Cyrus C. De Coster, *Correspondencia de don Juan Valera*, ed. cit., pp. 265-6.